

CRÍTICA DE ÓPERA | "EL RAPTO EN EL SERRALLO"

## Un Mozart popular, joven y vibrante

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

Fue el triunfo de un proyecto que persigue aunar esfuerzos de universidades, atraer a un nuevo público a la ópera, foguear voces chilenas y penetrar grandes títulos con miradas escénicas contemporáneas. El público, que repletó el salón Fresno del Centro de Extensión UC para ver "El rapto en el serrallo" (Mozart, 1782), no paró de reír y aplaudir, en uno de los estrenos líricos más jóvenes y excitantes de que se tenga recuerdo.

Todo esto se debe a Miryam Singer, quien aparte de firmar la *régie* y el diseño escénico, es la creadora de la idea. Con los escasos recursos con que estas cosas cuentan, ideó una puesta en escena jugada, libre, popular, sin atarse a ningún convencionalismo y apoyada en tres pantallas gigantes sobre las que transcurre una realización audiovisual (Erwin Scheel y Arnaldo Valdés) que comenta la trama haciendo una mixtura entre los paisajes en que la obra se desarrolla, los personajes, sus corporizaciones modernas, sus afectos y los ensayos de la ópera misma.

David del Pino Klinge condujo a la Orquesta Clásica Usach por los endiablados caminos de esta partitura "con demasiadas notas". Su discurso fue fluido, prudente en el juego burbujeante que Mozart propone y atento al correr vertiginoso y a la intimidad lírica. Exce-



CLAUDIO CAIOZZI

Álvaro Rudolph y Pamela Flores en uno de los más excitantes estrenos líricos locales.

lente fue el resultado de la introducción de la gran escena de Konstanze con el cuarteto de violín, cello, clarinete y oboe sobre el *ritornello* orquestal. Un lujo la concertino Oriana Silva, y eficaz y afiado el Coro de Estudiantes UC (dirección de Víctor Alarcón).

La sorprendente soprano Pamela Flores (Konstanze) exhibió seguridad pasmosa en un rol de peligros inacabables. Cuenta con un timbre hermoso y un material sólido en centros y agudos; aunque hay rípios en ciertas agilidades

y en el alemán, que hay que pulir, ella está llamada a ser una cantante de primera línea. Exquisita la Blonde de Patricia Cifuentes, carismática, veloz y con imperio total sobre su voz y su canto; está hecha para papeles de este tipo. Iván Rodríguez (Belmonte) es un tenor al que le viene bien este repertorio, por docilidad, tipología vocal y color; sus tareas son mantener la línea y el timbre, y profundizar su expresividad. Divertido y seguro el Pedrillo de Daniel Farfás, pero debe refinar su entrega en términos de emisión y estilo. Lo mismo sucede con el Osmín de David Gáez, comprometido con las travesuras teatrales, pero que aún no controla aspectos como la proyección constante y el cuidado de la belleza sonora. El elenco incluyó al actor Álvaro Rudolphy como el melancólico Bajá Selim, y su imponente presencia física ayudó a dar vida y tensión teatral a momentos como el temible "Marten aller arten" de Konstanze. Claro que entre el público muchos se preguntaban por qué ella lo rechazaba para quedarse con Belmonte...

Todo esto fue gratis, lo que parece demasiado. Debería al menos cobrarse una entrada simbólica para formar a la gente. Nadie va a la panadería a pedir que le regalen un kilo de pan; tampoco debe suceder con los espectáculos culturales, tras los cuales hay un trabajo enorme que pocos dimensionan y una preparación profesional costosa.